
Más allá de los manuales: enseñanzas metaeconómicas vallianas

Daniel Coronas Valle y José M. Domínguez Martínez

Resumen: Esta nota tiene como propósito recoger una síntesis de algunas experiencias y episodios vividos por uno de los más genuinos representantes de la docencia y la investigación económicas en España, como es el profesor Victorio Valle. A su dilatada y extensa trayectoria académica se suma también una amplia experiencia en diversos puestos de responsabilidad públicos y privados en las áreas económica y financiera, así como en relevantes centros de investigación. En todo ese largo recorrido, además de haber efectuado importantes contribuciones en las vertientes docente e investigadora, ha ido acumulando un notable elenco de episodios singulares que revelan el lado humano de la profesión económica. De tales episodios se desprenden también interesantes lecciones, no sólo con un componente formativo e ilustrativo, sino también lúdico.

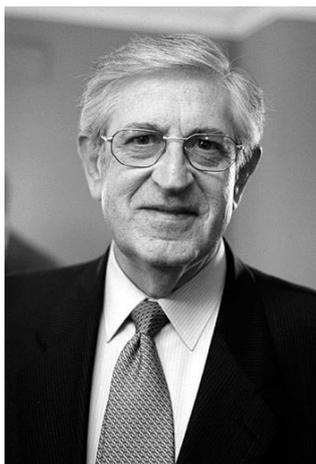
Palabras clave: Victorio Valle; Economía; Hacienda Pública; Enseñanza universitaria.

Códigos JEL: A23.

Introducción

La extensa y variada aportación del Profesor Victorio Valle (Málaga, 1938) (imagen) en los ámbitos de la docencia y la investigación económica es ciertamente difícil de calibrar dentro de los límites de un artículo. Durante más de medio siglo ha sido una referencia clave en el campo de la Economía, en general, y de la Hacienda Pública, en particular, donde sigue manteniendo una fecunda y lúcida actividad intelectual.

Imagen: Victorio Valle.



Fuente: UNED¹.

¹ Accesible en el siguiente enlace: http://portal.uned.es/portal/page?_pageid=93,26000441&_dad=portal&_schema=PORTAL

A su dilatada y profusa trayectoria académica se suma también una amplia experiencia en diversos puestos de responsabilidad públicos y privados en las áreas económica y financiera, así como en relevantes centros de investigación. En todo ese largo recorrido, además de haber efectuado importantes contribuciones en las vertientes docente e investigadora, ha ido acumulando un notable elenco de episodios singulares que revelan el lado humano de la profesión económica. De tales episodios se desprenden también interesantes lecciones, no sólo con un componente formativo e ilustrativo, sino también lúdico. Recoger una síntesis de algunas de tales experiencias y episodios es el propósito de esta nota, elaborada a partir de su testimonio directo. El anecdotario comprende un conjunto de vivencias protagonizadas por conocidos personajes del mundo académico y político, cuya identidad se preserva mediante la utilización de seudónimos figurados.

Asistencia a clase a prueba de fugas

En el viejo Caserón de San Bernardo de Madrid, allá por los años cincuenta del pasado siglo, las aulas tenían un diseño funcional, aunque con ciertas derivaciones disfuncionales. Aquella donde se impartía la temida asignatura Teoría Económica era escalonada, lo que, como en el aula magna de la originaria Facultad de Económicas de Málaga, le confería una apariencia imponente.

En ese tipo de aulas es difícil pasar desapercibido. Todos los ojos se concentran en la persona que ocupa la tarima, desde donde, a su vez, se domina la composición del graderío, ocupado fácilmente por doscientos o doscientas cincuenta aspirantes a economista.

Por aquel entonces, las clases no tenían un horario flexible, adaptable a las apetencias o necesidades de cada alumno, que, libremente, pueda entrar o salir en cualquier momento, como ocurre hoy día, incluso provisto de patinete. No. Los alumnos eran conscientes de que se enfrentaban a una decisión binaria, clase o no clase. Cada mañana, el profesor llegaba solemne al aula, e, inmediatamente, el bedel, una figura útil en la zona docente, desaparecida con el paso del tiempo, cerraba la puerta a cal y canto. La suerte estaba echada. Irremisiblemente, ya no había opción de salida hasta la conclusión de la sesión formativa y, lo que era peor, el asistente sabía que podía ser interpelado por el prestigioso docente.

Pronto comenzaba la ceremonia. Una, dos, tres, cuatro... Con su inconfundible acento levantino, el Profesor Maqueda iba enumerando las filas, hasta que detenía el conteo para entonar un amenazante “usted” no identificado por secuencia numérica. Dado que, normalmente, no había una tendencia generalizada a ofrecerse como receptor voluntario de la convocatoria al estrado, había de recurrir a algún criterio identificativo basado en la indumentaria o en algún otro atributo discernible... “¿Yo?”. “Sí, sí, el del jersey rojo, bajo”.

La persona designada, presa del pánico, tenía que salir literalmente a la palestra. Allí, delante del docente, comenzaba a mirar a un lado y a otro, hasta que aquel concretaba la pregunta requerida, según un estricto sistema de numeración: “a ver, dígame usted la pregunta 3.2”. No era nada infrecuente que el interpelado se acercara al interpelante para exponerle alguna educada excusa: “Mire, don (sic) Ernesto, me ha sido imposible estudiar por circunstancias personales”. El Profesor emitía una especie de sonido interpretable como signo de desprecio, y repetía el proceso. Aparentemente, asignaba un cero a la inmensa

mayoría que no era capaz de responder las preguntas, si bien luego no hacía mucho caso a esas calificaciones intimidatorias.

El Profesor Valle fue uno de los ocupantes de aquellos doctos escaños y, de hecho, confiesa que decidió irse a Madrid para poder recibir clases del Profesor Maqueda, considerado uno de los maestros de la disciplina. Era autor de un conocido manual dotado de abundante aparato matemático, si bien se reservaba siempre alguna parte, no incluida en las ediciones, al parecer para preservar el uso de innovadoras especificaciones que atraían la atención de inopinados imitadores.

El primer día de clase se sentó donde pudo, literalmente en medio de la escalinata que partía en dos mitades el graderío. Era normal que hubiese overbooking, entre los nuevos alumnos y los numerosos repetidores de la asignatura. Aunque aún no se había difundido el inventario de preguntas, el juego del “un, dos, tres” no se hizo esperar. Los ocupantes de esa zona de paso fueron diana de los dardos del docente. Al día siguiente, los pasillos quedaron desiertos.

Cuentan los que le conocieron que el Profesor Maqueda, en el fondo, pretendía iniciar a sus alumnos en la teoría de juegos. A veces, cuando llevaba a la práctica el proceso, señalaba a una persona. El resto de la clase respiraba con alivio, pero, tras una pausa, quien ocupaba la posición simétrica comprobaba con pavor, tras ser requerida, que era la persona elegida. Esas ubicaciones compartían un riesgo común no sesgado, pero había otras que tenían un riesgo agravado. Tal era el caso respecto a alumnos que tenían la condición de monjas o sacerdotes, que, en aquella época de los años cincuenta, asistían a clase con su indumentaria religiosa. Estar sentado junto a uno de tales estudiantes conllevaba un elevado riesgo de ser puesto a prueba: “... tercera fila de la parte izquierda, el que está sentado junto a la hermana, que venga al estrado”. La constatación de ese riesgo reiterado hizo que los alumnos huyeran de la compañía de los hábitos religiosos.

Con el paso de las semanas, los estudiantes iban adquiriendo competencias avanzadas en la estimación y evaluación de riesgos. La ceremonia de selección se repetía una y otra vez, al comienzo de cada clase. La táctica de hacerse el desentendido era usual, pero no solía dar resultado. El Profesor no alteraba su decisión, sino que iba descendiendo en los detalles hasta despejar cualquier duda. No había escapatoria.

No todos los profesores, sin embargo, tenían por costumbre cerrar el aula durante las clases magistrales. Las del Profesor Maqueda lo eran en el fondo. Después de todo, poder recibir las enseñanzas de los maestros económicos de la época fue la razón fundamental que llevó a Victorio Valle a cambiar su ciudad natal, donde aún quedaban bastantes años para la llegada de la educación universitaria, por la capital.

Tecnologías indiscretas

Pedro Antonio López García desempeñó una de las más altas responsabilidades del Ministerio económico, dentro del que Victorio Valle llegó a ocupar una Dirección General. La experiencia profesional del primero en una empresa tecnológica propició que en los despachos ministeriales se instalaran avanzados dispositivos de comunicación directa reservados a los mensajes dictados desde la superioridad. “A usted le suena el Vericón” (nombre en el que había derivado el de la compañía proveedora). Cuando esto ocurría, no había duda de que uno de los primeros mandatarios quería transmitir algún encargo o encomienda. Lo normal era contestarlo en modo altavoz para no interrumpir la actividad en curso.

Uno de esos mandatarios se caracterizaba por su verbo raudo y expeditivo, y, sin tregua, lanzaba -sin saberlo, a micrófono abierto- sus mensajes: “Va a ir verte un sujeto que no tengo en alta estima; no le hagas, pues, caso alguno”. A veces, sin embargo, la visita presencial era más rápida que el intercomunicador: “Gracias por avisarme; de hecho, está aquí conmigo, y estamos viendo un interesante proyecto, ya te contaré”.

Rutinas no siempre fiables

Uno de los personajes más curiosos de cuantos impartían el credo económico en el viejo Caserón era Inocencio Cañestro. Ejerciente de oficios en el campo de la banca y las finanzas, combinaba su actividad profesional con la enseñanza de Economía de la Empresa. Era conocido por su costumbre de “escañar” a sus estudiantes durante los primeros días de clase, organizando a tal efecto fichas informativas: “Tiene usted el escaño 3B; usted el 8F...”. Ante esta práctica clasificatoria, no faltan algunos alumnos espabilados que introducían “fichas trucadas” en el sistema. “Aquí veo que alguien me ha entregado una ficha correspondiente a Manuel Benítez, al parecer especialista en economía ganadera. ¿Está presente?... Veo que no, pues díganle que lleva mucho tiempo faltando”.

Los alumnos tenían por costumbre hacerle diariamente un pasillo al catedrático, una suerte de ruta escoltada hasta la mesa. Hombre de estrictos hábitos, allí dejaba su sombrero y su bufanda, en sitios marcados que los estudiantes se habían encargado de señalar. Un día, los avezados alumnos alteraron la pauta y, en lugar de la mesa profesoral, perfilaron un pasillo con una ruta diferente, al término de la cual el profesor se dio de bruces con la pared.

Opositores y académicos inmisericordes

Llegar a la cima de la academia era, en aquellas lejanas décadas, una auténtica carrera de obstáculos. Para superarla había que reunir importantes atributos. El empeño, el sacrificio, la determinación, y la capacidad de aguante y de sufrimiento figuraban entre ellos. El proceso opositor era de por sí muy duro y exigente, pero las dificultades se acrecentaban cuando los aspirantes tenían que enfrentarse a prebostes inmisericordes.

Luis Blanco era uno de esos personajes. Algunos jóvenes profesores tuvieron ocasión de comprobarlo, años más tarde, a mediados de los años ochenta, en un curso de verano en El Escorial, con ocasión de la respuesta que dio a una pregunta del Profesor Agustín

Molina sobre la posibilidad de que España ingresara en el Sistema Monetario Europeo.

Luis Blanco tenía fama de ser persona dura y crítica. Los que estaban en ciernes de opositar, lo pasaban francamente mal, allá por los años 1961 y 1962. En aquella época, las oposiciones a los cuerpos docentes universitarios estaban aliñadas con la desgraciada fase de la “trinca”. Durante ella se levantaba la veda para que los opositores se destriparan literalmente entre sí, delante del tribunal. El Profesor Blanco, como es natural, se había ejercitado con virulencia y probada eficacia en esa terrible fase de su propia posición, que, cómo no, ganó de forma holgada. Había intervenido, a la sazón, un brillante opositor, que había descrito, en la fase previa de “autobombo”, su dilatada experiencia en centros universitarios extranjeros. El opositor Blanco, por lo que se ve, no había quedado impresionado: “Dice usted dice que ha estado en varias Universidades extranjeras. No pretendo ponerlo en duda, pero estoy convencido de que habrá ido en viaje de boda, porque se ve que no ha entendido absolutamente nada de Economía”.

Tras asistir a semejante espectáculo, alguien tan recto, educado y comedido como el Profesor Valle, entonces aspirante a opositor, salió corriendo lleno de espanto, como un toro en estampida. Le dijo entonces a su mentor, el Profesor Octavio Carrión, que renunciaba, pues se veía incapaz de entrar en ese juego y tener que exponerse, por activa y por pasiva, a esa suerte de artimañas, argucias y descalificaciones recíprocas. Cómo podía encajar en la mentalidad de un académico esa degeneración promovida por el propio sistema. Carrión trató de calmarlo diciéndole que, en cierto modo, todo entraba dentro de una relativa normalidad institucionalizada y que los grandes académicos se caracterizaban, sin excepción, por una tendencia a la irascibilidad. Puede que fuera así, pero aquel episodio dejó huella en el economista nacido en Calle Nueva, en pleno corazón de la ciudad de Málaga, que, durante toda su vida académica y extraacadémica, se situaría en las antípodas de ese tipo de comportamientos.

Casualidades o no del destino, con el Profesor Blanco se las tendría que ver Victorio Valle cuando su mentor, ante la intención del doctorando de sustentar su tesis doctoral en sólidos fundamentos de teoría económica, le remitió a él a tenor de su reconocida especialización en esa vertiente. La ascendencia del maestro Carrión no conocía límites, por lo que era de esperar que le allanara el terreno.

“¿Qué es lo que pretende usted con su proyecto de tesis doctoral?”, le espetó sin dilación Blanco en la cita concertada al efecto. “Mi pretensión es centrarla en el estudio de la función de consumo, dada la relevancia que tiene dentro de la teoría keynesiana”, se apresuró a señalar el incipiente doctorando. “Me parece bien. ¿Conoce el libro de Friedman?”. “Pues la verdad es que aún no he tenido ocasión de trabajarlo”. “En ese caso, hágase con él, lo lee, y dentro de un mes se da una vueltecita por aquí, y charlamos”.

Al cabo de un mes, compareció de nuevo Victorio Valle, que, disciplinadamente, había completado la lectura de la obra recomendada de quien, años después, sería galardonado con el Premio Nobel de Economía. “Bien, ¿cómo ha ido la lectura de Friedman?”. “La verdad es que ha sido una lectura ardua, ya que el libro está muy matematizado, tiene un elevado componente econométrico, que aún no domino completamente”. Entonces, el Profesor Blanco, fiel a su estilo impenitente y avasallador, va y dice: “Pues, según veo las cosas, lo mejor es que se dedique usted a la Obstetricia o a alguna otra materia similar, y que deje al margen la Economía”.

Afortunadamente para la profesión económica, el doctorando no siguió la sutil recomendación del gran santón, ni guardó rencor alguno por semejante diatriba. De hecho, al cabo de los años se generó una relación de amistad y aprecio entre ambos.

Interpretaciones convincentes

Durante su primera etapa en la capital, fue Victorio Valle residente de un colegio mayor, donde coincidió con un significativo grupo de estudiantes malagueños, algunos de los cuales

alcanzarían luego gran notoriedad en la academia, la política o la diplomacia internacional. Uno de ellos, Marcelo Escassi, de ascendencia extranjera, llegó a alcanzar gran relieve internacional como investigador especializado en el sistema financiero.

Quienes lo conocimos en una etapa tardía, como un prestigioso investigador, dado a la elegancia y al apego a las buenas formas, nos cuesta trabajo imaginarlo como un joven desenfadado, dotado de cualidades propias del histrionismo. Entre él y Victorio se labró una gran amistad que se mantuvo y acrecentó con el paso de los años.

En una estancia vacacional en Málaga, Victorio había quedado en pasar a recogerlo en su domicilio, ubicado en una callecita cercana al Teatro Cervantes, para ir a dar un paseo por la ciudad. Al llegar al portal, allí estaba ya Marcelo, imitando a un personaje con aparentes limitaciones cognitivas y funcionales. En el momento culminante de su interpretación, una señora, que salía de su piso, se llevó un sobresalto, lo que recriminó a los dos jóvenes allí congregados. Para no delatarse en su inocente impostura, Marcelo se vio obligado a bajar por toda la calle Mariblanca haciendo gala de sus convincentes dotes interpretativas.

Magister magistrorum en competencia abierta

Si, entre todos los personajes que han tenido algún protagonismo en el historial académico del Profesor Victorio Valle, hay alguno al que se le haya reconocido la condición de maestro de manera incontestada, este es sin duda Octavio Carrión, *magister magistrorum*. A pesar de ello, fuera del ámbito académico, no siempre esa condición jerárquica fue reconocida como tal. En un espacio abierto, multicultural, la competencia es desmedida y no todo el mundo tiene necesariamente las mismas percepciones, altamente condicionadas por el conocimiento de la trayectoria de los distintos contendientes. Octavio Carrión, persona bien conocida también por sus altas responsabilidades públicas, era invitado frecuente en algunos programas televisivos. En uno de ellos, una popular presentadora había congregado a

varias celebridades del mundo de la cultura, el arte y el espectáculo. Es la hora de las presentaciones. La presentadora sigue un marcado ritual. “Y ahora vamos a presentar a una gran persona, a un gran maestro para todas las personas que seguimos el arte, la literatura, la cultura...”. El Profesor comienza a erguirse en su asiento, y se prepara para pronunciar su salutación al público. “Se trata de Octavio...”, no hay duda al respecto. El maestro se dispone a iniciar su alocución, mas se ve sorprendido cuando la presentadora pronuncia un apellido distinto, el de otro destacado personaje también allí presente, a quien la *influencer*, en función de sus preferencias personales, había colocado en lugar preferente en el orden de prelación. Como consuelo para el maestro Carrión, cabe señalar que el otro personaje también era un gran maestro dentro de su profesión artística.

Sacrificios de la carrera académica

La carrera académica estaba, en aquella época, sometida a las mayores exigencias y requerimientos. Era obligado superar las más difíciles trabas y estar dispuestos a soportar las mayores cargas. Era tal el proceso de selección para quienes quisieran aspirar a llegar a la cúspide de la carrera, sujeta a un estricto sistema piramidal, que tenían que estar en condiciones de seguir una disciplina propia de una orden monacal.

Roberto del Barrio, desde que ocupó por primera vez un pupitre en el viejo Caserón de San Bernardo, se había trazado como meta entrar en el escalafón académico y formar parte del equipo de élite del Profesor Octavio Carrión. Estaba dispuesto a todo para conseguir esa ansiada meta. Era del mismo curso que Victorio Valle. Ambos comenzaron la carrera el mismo año en el que en España se ponía en marcha el Plan de Estabilización.

Del Barrio formaba parte del colectivo conocido, siguiendo la notación matricial, como “a11”, “a sub uno uno”, aquel que se sentaba lo más cerca de la mesa del profesor, con el que mantenían una fluida comunicación. Poco tiempo después, Del Barrio se había incorporado el equipo de

promesas del Profesor Carrión, era ya un profesor *in pectore*.

Sin embargo, se enfrentaba con un pequeño obstáculo. Tenía novia, estudiante de Filosofía, desde que comenzó sus estudios de Economía. La familia de la novia consideraba que, si tenían previsto contraer matrimonio, debían hacerlo ya, hasta tal punto de que se había fijado la fecha de la boda.

Un día, Victorio observó que Del Barrio estaba alicaído y compungido. “¿Te ocurre algo, Roberto?”, se interesó Victorio por la situación de su compañero. “Realmente, no, pero me tengo que casar, y aún no le he dicho nada a don Octavio... No sé si le va a gustar, si le va a parecer bien, y si ello podría afectar a mi carrera académica”, contestó Del Barrio. Hasta cierto punto, era comprensible su inquietud. Cuando uno se integraba en el equipo del Profesor Carrión era como si ingresara en una orden; el maestro se encargaba de trazar el plan de vida del discípulo. Del Barrio temía que su matrimonio se viera como un factor perturbador de la planificación trazada, y que el maestro lo estigmatizase o, aún peor, lo excluyese del selecto grupo.

Por aquellas fechas, las clases se impartían en otro edificio, donde luego se ubicaría la Facultad de Filosofía. Un día, se celebraba un seminario, y Del Barrio estaba decidido a comunicar la noticia al Profesor Carrión, pasase lo que pasase. Una vez finalizado el seminario, que había tenido lugar en la planta novena, el Profesor, acompañado de su séquito, tomó el ascensor. Al llegar a la cuarta planta, el aparato se detuvo, se apagaron las luces y se hizo un silencio expectante. En ese momento, se oyó la voz de Del Barrio, que decía: “A propósito, don Octavio, me caso el lunes que viene”. Todos se quedaron absolutamente atónitos, hasta que se escuchó la voz del catedrático decir: “Bueno, bueno, pues que sea para bien”.

Cuando las buenas intenciones pueden ser precipitadas

Fuera del mundo académico, Victorio Valle ha tenido la oportunidad de conocer a

destacados profesionales en otras disciplinas. Con algunos de ellos ha llevado a cabo contribuciones interdisciplinarias. Uno de ellos ha sido Alberto Picón, quien, además de fino analista, era un eficaz gestor en la esfera presupuestaria y contable. En esa faceta pudo comprobar lo difícil que es encontrar un adecuado equilibrio en la asignación de recursos a los proyectos de investigación, sobre todo si habían de someterse al siempre sagaz ojo del Profesor Carrión.

Era Picón muy aficionado a los estudios de Sociología Financiera. En una ocasión, junto con el sociólogo Carlos Artacho, organizó un seminario al que asistió un reputado sociólogo alemán, de la Universidad de Colonia. El profesor germano impartió su charla, pasó por su hotel, y regresó a su país. Mientras tanto, Picón y Artacho comentan lo despistado que es el conferenciante, por lo que vieron oportuno pasar por su hotel para verificar que se había llevado todo, sin olvidar nada. Subieron a su habitación y, como se imaginaban, comprobaron que se había dejado olvidada una maleta. Sin pérdida de tiempo, tomaron un taxi hasta Barajas, y allí facturaron la maleta del sociólogo alemán en el siguiente vuelo hacia Colonia. La eficacia hispana no tiene siempre por qué envidiar la germana.

Al regresar al hotel donde se alojaban los asistentes al seminario, se encontraron en la recepción con una persona mayor que, chapurreando el español, decía que había dejado su maleta en la habitación, y que había desaparecido.